

SOFÍA RHEI

Elige tu propia utopía



minotauro

Elige tu propia utopía



SOFÍA RHEI

minotauro

© Sofia Rhei, 2020
Imágenes de interior: José Miguel Fonollosa, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal 662-664, 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com
Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0847-8
Depósito legal: B. 11.764-2020
Preimpresión: María García

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

Elliot pedaleaba como si su bici fuera a despegar. Cortando el viento, se sentía veloz e invulnerable. La noche era perfecta: ni una nube en el cielo de junio, tan solo las estrellas, que siempre le recordaban a la gloriosa cortinilla de Star Wars. Impulsó la bici con toda la fuerza de sus piernas, como si la velocidad fuese a llevarlo a esas mismas estrellas, como si fuera posible acelerar el tiempo con sus propios músculos para llegar al futuro antes que nadie. Cada segundo que ganara sería un instante más que podría disfrutar con sus amigos. El verano acababa de empezar y ya tenía la sensación de que se estuviera terminando.

Un poco antes, el *walkie* con el que se comunicaba con Cindy había hecho ruidos raros, como si hubiera alguien que intentara transmitir. Era un cacharro. Normalmente lo utilizaban para quedar en el refugio, pero aquella noche... Precisamente aquella noche, Elliot tenía el palpito de que algo importante iba a pasarle. Y no podía quedarse en casa viendo reposiciones de Eurovisión con un presentimiento semejante.

En un impulso, había robado dos cervezas de la ventana fresquera. Sintió cierto vértigo, ¡era la primera vez que hacía una cosa parecida! Pero ya casi tenía la edad, se lo merecía después de haber trabajado tanto en la escuela y con la campaña de la candidata a alcaldesa. Si tenía edad para participar en la política, también debía tenerla para beber algo más fuerte que la Orangina. No se podía creer que solo faltaran tres días para su cumpleaños. ¡Pronto tendría dieciséis! Era una

suerte cumplir esa edad en un año tan brutal como 1986. El tiempo había pasado al mismo tiempo muy despacio y demasiado deprisa.

El señor Boygeorge, un granjero que siempre iba vestido de negro como el famoso cantante, lo saludó al pasar, y él agitó la mano como respuesta. Los cultivos de trigo rojo estaban protegidos por unos espantapájaros que parecían salidos de una película de terror. Ojalá les dejaran rodar un corto en aquel sitio.

Como no había nadie más a la vista, aprovechó para cantar a grito pelado mientras pedaleaba:

—*Foreeeever young, I want to beee foreeeever young!*

Últimamente estaba obsesionado con el temazo de Alphaville. Cuando viera a Bastian y a Cindy, que seguro que le estaban esperando ya en el refugio, trataría de convencerlos de meter la canción en el TOP TEN definitivo de los mejores temas de todos los tiempos. Quizá eso supondría dejar fuera «Purple Rain», ya que Cindy jamás transiría con «Girls Just Want to Have Fun».

Dejó de cantar para lanzar un suspiro. Seguramente, «Forever Young» le estuviera dando tantas vueltas en la cabeza por la cercanía de su cumpleaños. ¿Cuánta juventud le quedaba? Recordaba como si hubieran sido ayer esos veranos en los que su mayor preocupación eran las apuestas sobre qué novedades llevaría el cartel de polos, pero ahora... Ahora solo pensaba en cosas como a qué se dedicaría al acabar el instituto. En su pueblo, poca gente iba a la universidad, aunque sus padres siempre lo habían animado a que hiciera lo que quisiera. Elliot no era de los mejores estudiantes. Tampoco de los peores, de las cosas que le interesaban bien que se acordaba. Si le examinaran de videojuegos, otro gallo cantaría.

Estaba distraído. ¡Había demasiadas cosas por hacer, por conocer! Pasaba cierto tiempo entrenándose en no ponerse nervioso delante de las chicas a las que les iba aumentando la talla de sujetador. Y eso incluía a Cindy, que se empeñaba en seguir llevando su vieja camiseta de Rainbow Brite a pesar de lo pequeña que le quedaba.

La bici se desvió, y al retomar el control Elliot volvió a pensar en su futuro. Le gustaba el campo, pero no tanto como para dedicarse a él. Siendo realista, un buen empleo podría ser mecánico de tractores. Con suerte pasaría por sus manos un auténtico coche de los que salían en las películas americanas. Y, puestos a soñar, le encantaría tener su propia emisora de radio.

Dobló el recodo de la estación de repostaje y se adentró en los campos de girasoles. El camino apenas estaba iluminado, según el antiguo alcalde porque las farolas solares eran demasiado caras, cuando todo el mundo sabía que se embolsaba parte del presupuesto destinado a ellas. Sin embargo, Elliot conocía la ruta como si la hubiera trazado él mismo, y su faro de dinamo era de los buenos. Sentía el peso de las botellas de cristal en la mochila, y se dio aún más prisa al recordar que la cerveza solo estaba buena fría. Sonrió al pensar en lo contentos que se pondrían sus amigos cuando la probaran juntos. Les encantaba hacer cosas por primera vez.

El *walkie* volvió a sonar. Se detuvo para sacarlo de la mochila.

—¿Cindy?

La única respuesta fue ruido.

—¡Aquí Elliot! ¿Estás bien?

Oyó algo que podría ser la voz de su amiga. Y tuvo la sensación de que quizá estuviese en apuros. ¡Maldito cacharro! Si algo había aprendido de las películas de acción era que las máquinas siempre decidían fallar en los momentos clave.

Ya estaba tan cerca del punto de encuentro que lo mejor sería llegar hasta allí. Pedaleó con furia, pero en cuanto llegó vio que el refugio tenía la luz apagada. Mala señal. Era el que más lejos vivía de los tres, de modo que, si ellos aún no habían llegado, quizá Cindy no hubiera enviado el mensaje después de todo. Ella tenía un *walkie* de cada y hacía de centralita entre los tres.

Respiró hondo. Se dijo que lo más sensato era no preocuparse por ella. Seguramente lo que oyó no había sido más que un error del *walkie*. Y, de todas formas, ¿qué era lo peor que podía suceder en Xanadú? Debía de ser el lugar más aburrido del mundo, con tantas personas mayores y tan pocos jóvenes. Pensó por enésima vez cuánto le gustaría vivir en una de esas películas americanas en las que parecía que todo el mundo fuera adolescente. Pero le había tocado nacer en el continente más envejecido del mundo: en la más que antigua, viejísima Europa.



Al llegar al refugio y encontrarse con las luces apagadas, pensó que quizá sus amigos no habían podido escaparse. No sería la primera vez. Rebufó durante dos segundos enteros, y después se dijo que estar solo no le impediría disfrutar de la noche. Entró en el autobús remodelado que el abuelo Krueger les cedía a cambio de que recogieran moras para él, trepó por los peldaños que le había fabricado su padre y subió a la cima del vehículo. Desde allí saltó al castaño, accionó las púas de escalada de sus deportivas y trepó por la copa como había hecho tantas veces desde pequeño. Era el mejor sitio para ver toda la ciudad, e incluso más allá.

Ya había oscurecido. Las luces doradas de Xanadú le hacían sentir orgulloso de su ciudad. No es que hubiera estado en ningún lugar demasiado lejano, pero le daba igual. No podía haber nada mejor que la avenida principal con la fuente donde se reunían los abuelos a jugar con sus cubos de colores, las luces de la tienda de segunda mano de la señora Aiuola, que no apagaba ni siquiera de noche, y los carteles del multicine, cuidadosamente pintados a mano por el viejo Amadeus. Se giró para contemplar los cultivos vallados que llegaban hasta Rockola, la ciudad siguiente. Ellos disfrutaban de playa y parque de atracciones, pero Xanadú tenía cine, que era mucho mejor. Más allá, estaban Marsella, el mar y sus barcos, y por el otro lado la central térmica. Elliot apoyaba a la candidata ecologista porque estaba reuniendo firmas para cerrarla. Llevaba semanas haciendo copias de los panfletos sobre planchas de gelatina, repartiéndolos por los barrios y contándole el programa electoral a todo aquel que quisiera escucharle.

Un momento... ¿Qué era esa luz verdosa en medio de los cultivos? Elliot aguzó la mirada entrecerrando los ojos. Efectivamente, era una luminosidad de lo más sospechoso, del color de una invasión extraterrestre como mínimo.

Resopló. ¿Por qué no estaban allí sus amigos? Juntos podrían haber ido a investigar. Pero estando solo, lo más sensato era avisar al abuelo Krueger, el adulto que vivía más cerca.

Entonces oyó algo que le hizo tensarse. Era una especie de llamada de auxilio, y procedía de la zona iluminada. Una voz aguda, como de chica, y sonaba angustiada. ¿Sería Cindy? Sin pensarlo, se descolgó del árbol, recogió su mochila, sopesó las botellas de cristal que tenía dentro, sus únicas armas, y saltó sobre la bici.

2

Verbena había arrastrado a su elegida a una roca recóndita de la Foresta, abrigadas de miradas indiscretas. Una vez allí, sin querer controlar su pasión, infiltró las manos bajo la blusa de Liatris y le besó la clavícula.

—¿Qué haces? —susurró Liatris, asustada.

—Quiero estar contigo... completamente.

—No hace falta..., hay cosas que no debemos hacer...

—Quiero hacerlas. Quiero... que nos fundamos en una sola. Si paso la prueba y me envían a las tierras bárbaras puede suceder cualquier cosa. Preferiría irme con la memoria de tu forma entregándose a la mía.

Liatris suspiró. Verbena la amaba tanto que era incapaz de leerla. ¿Era decepción? ¿Temor?

—Deberíamos ser tres para hacer algo así, ¿no crees? —aclaró por fin Liatris—. Se lo podríamos proponer a Jara, no está formando parte de ninguna tríada. Lleva toda la primavera echándonos miraditas...

—No hay ninguna otra que me despierte..., que despierte mi forma como tú lo haces. No quiero reprimirme. ¡Es comprensible que queramos tocarnos! Es la naturaleza.

Liatris se retrajo.

—Es... ¿es por esa cosa para la que aquí no tenemos palabra? —le preguntó Verbena. Nunca se había atrevido a hablar de esa cuestión. Su elegida se tensó aún más.

—Actúas... como las chicas de fuera, Verbena. Estás llena de pasión y de llama. Vine aquí en busca de una vida diferente y...

Verbena, confusa, adoptó una postura erguida.

—Nunca he salido de aquí, exceptuando las misiones. No conozco otra realidad, ni puedo compararme a mí misma con gente a la que no conozco. ¿Quieres decir que... no me comporto como debería?

Liatris la abrazó, haciéndola sentir completamente resguardada. Era tan alta y robusta que Verbena se sentía como una cría de ave, protegida de todas las cosas malas de la existencia. Se concentraron en disfrutar de esa intimidad, y después Liatris suspiró.

—No hay ninguna oscuridad en ti, Verbena. Eres una mujer maravillosa y... y te quiero. Admiro tu mente, tus habilidades, e incluso ese... ese fuego.

Verbena arrugó las cejas.

—¿Fuego?

Liatris se mordió la boca, arrepintiéndose de haber utilizado aquella expresión.

—Así nombran... a las llamas allí de donde vengo, en las tierras bárbaras. Allí «fuego» es una palabra masculina.

A Verbena le asustó la fuerza de aquellas letras, que sonaban a todas las cosas que le habían enseñado a odiar. Fu EGO. La palabra «ego» siempre la había asustado, esa voluntad egoísta enemiga de la empatía hacia las criaturas vivientes. La individualidad que rompe la armonía. La agresividad, la destrucción codiciosa. Verbena se abrazó a sí misma, amedrentada ante su posible monstruosidad.

—No, no te sientas mal... Perdóname, Verbena, eres muy joven y yo no encuentro las frases adecuadas para expresarme. Vamos a hacer una cosa. Nos abrazaremos, como siempre, y dejaremos que la paz impregne nuestras formas. Y cuando regreses, porque estoy más que segura de que serás elegida y de que superarás tu misión... Cuando hayas visto la realidad de ahí fuera, comprenderás a qué me refiero.

—¿Me esperarás?

Su voz tembló, y Verbena se sintió culpable por lo posesiva que había sonado la súplica.

Liatris asintió.

—Soy muy afortunada de tenerte —le aseguró—. Quién sabe si cuando regreses te seguiré interesando.

Verbena la abrazó con ímpetu. Le ardía la mente. No podía liberarse de la sospecha de que Liatris no se entregaba a ella porque había alguna tara en la propia Verbena. Quizá la quisiera por compasión,

mas no fuera capaz de amarla completamente. Sin embargo, trató de espantar esas ideas inseguras. No le resultarían de ninguna utilidad.

Liatris percibió su aprensión, y la apretó fuertemente contra sí, transmitiéndole su ternura.

—Vamos a recoger tus cosas. Te espera una larga noche.

La cabaña de Verbena era más grande de lo normal. Antes la había compartido con alguien, mas al quedarse sola las ancianas decidieron que la conservara como hogar. Verbena soñaba con que Liatris deseara irse a vivir con ella, mas no quería presionarla.

La bolsa de viaje estaba sobre la cama, con todas las cosas que debían ir dentro listas para ser guardadas.

—¿Te llevarás tus guantillas?

—Sí, necesitaré toda la ayuda posible.

Liatris acarició las dos parejas de guantillas.

—Las de pensar y las de agilidad... ¿Cómo se te pudo ocurrir esto a ti sola? Eres brillante, Verbena.

—Solo es una aplicación trivial de la digipuntura —gruñó esta.

Al girarse de repente, se encontró frente a su elegida. A Verbena le incomodaba no poder abrazarla a placer antes de irse... Tendría que reprimir esas ganas, por fuertes que fueran.

—Te ha salido una calen...

—¡No digas nada! —le pidió Verbena—. Si pronuncias la palabra, no se me quitará.

—No seas supersticiosa. Ven, tengo la solución.

Liatris abrió su morral y sacó una cajita plástica. Desprendió una curiosa tirita de su envoltura y se la aplicó a Verbena. Después le untó una crema espesa de color rosa.

—¿Es... maquillaje? —temió Verbena.

—Claro que sí. No querrás que todas vean que has tenido una manifestación cutánea noceba precisamente la noche en la que tienes que demostrar la gobernanza de tu mente, ¿verdad?

—No sabía que conservabas afeites.

—La cosmética puede resultar muy útil en ocasiones...

Verbena sabía que las dotes de sugestión de Liatris, al no haber crecido en la Foresta, eran considerablemente menores que las que tenían las demás brujas. Supuso que la falta de habilidades mágicas a veces podía requerir sustituciones ingeniosas. Le resultaba difícil imaginar cómo habría sido la vida de su elegida, cómo era antes de ser

bruja, cuando no estaban juntas. Incluso se preguntó si parte de su belleza no sería, en realidad, sino pintura. En la escuela les había hablado tan negativamente de la cosmética, de la gran mentira cotidiana que suponía, cómo destruía la verdad y la autoestima de las mujeres, que no le hacía ninguna gracia utilizarla. Mas Liatris hizo que se observara en una espejuela y Verbena tuvo que reconocer que la calentura no se notaba nada de nada.

—Gracias...

Verbena la miró con adoración. ¿Cómo era posible que algunas brujas despreciaran la compañía de Liatris e incluso trataran de avergonzarla sutilmente? Suponía que se trataba de toda la cuestión de esa característica para la cual allí no tenían palabra, y esa idea la hacía enfadarse todavía más.

—Tengo una cosa para ti —le dijo Liatris—. Vas a pasar muchas semanas en tierras extrañas, todo lo diferentes que pueden serlo de tu casa. Y estás muy acostumbrada a la Foresta, a sentir su compañía y a alimentarte de su energía familiar.

Le entregó una cadena de la que pendía una botellita llena de semillas.

—Aquí llevas tu Foresta. Son semillas vivas de muchas de las especies de la fraga. Hay varias clases de retamas, betulas y esas florecillas moradas que no recuerdo cómo...

—Aulagas.

—Eso es. Cuando eches de menos tu lugar, basta con que agarres la botellita, cierres las miradas y te concentres en la energía de todas estas semillas. Percibirás que están latentes, esperando la ocasión adecuada para convertir las aguas en savia, deseando ascender hacia la luz. Podrás recurrir a ella siempre que la necesites.

A Verbena se le humedecieron las miradas. Se sentía profundamente afortunada de tener a Liatris. No podía comprender la razón de que algunas brujas cuchichearan sobre ella. Su elegida era empática, cuidadora, tierna, atenta y, sin embargo, con frecuencia la apartaban de determinadas actividades rituales o cotidianas. Y Liatris lo aceptaba sin decir nada, como si no se diera cuenta. Como si hubiera pasado por cosas mucho peores.

Había llegado la hora. Caminaron juntas hasta la linde de la Foresta, y allí se separaron, pues Verbena debía llegar sola a su prueba. Se despidieron uniendo las frentes.

—Pensaré en ti constantemente —dijo Verbená.

—Lo más importante es tu misión. Y cuando vuelvas, aquí estaré.



Verbená se quedó sola. Estaba atrapada entre la serenidad y la incertidumbre. Su forma, arduamente entrenada en disciplinas de control, mostraba constantes vitales reposadas. Su respiración se mantenía igualmente calmada. Sin embargo, en la profundidad..., en la tripa interior, esa que no es la sangre ni las vísceras, la angustia había anidado con toda su feroz negrura.

Se recordó a sí misma las victorias que había conseguido. La celebrada destrucción de una camioneta entera de chips de propaganda, minúsculas SIA destinadas a ser implantadas en niñas. La entrada subrepticia en la factoría de semillas transgénicas para sustituir estas por otras naturales. La resistencia para evitar la gran tala prevista cerca de Lugale, que requirió semanas de acampada y una tremenda coordinación y estrategia...

Recoger en su memoria todas estas hazañas le proporcionó seguridad. Orinó cerca de una zarza, sintiendo cómo se vaciaba por completo y quedaba libre. Respiró conscientemente hasta relajarse por completo antes de dirigirse a la explanada donde sería puesta a prueba.